

"La Sangre de Cristo"

No podemos hablar de Jesucristo e ignorar Su muerte en la cruz. No basta con decir que murió una muerte agonizante; debemos comprender que Él eligió morir por nosotros. Decir que Jesús murió por nosotros no expresa todo lo que necesitamos saber. Él murió por nosotros porque nos amó. Su amor por nosotros en la cruz señala nuestra desesperada necesidad de Su muerte. Nuestros pecados nos separan de Dios y nos condenan a Su ira. Él murió amorosamente por nosotros, porque sin Su sangre no podemos tener el perdón de los pecados ni una relación con nuestro Padre celestial.

Hebreos 2:9 dice: "Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos." Mi amigo, no pienses que la sangre de Jesucristo es para otros, pero no para ti. Jesús murió por ti, y Su sangre puede perdonar tus pecados, así como puede perdonar los de todos los que lo aman y obedecen.

Nuestra lectura de hoy viene de 1 Pedro 1:17-21, que nos llama a tomar muy en serio la sangre que Jesús derramó por nosotros y su significado para expiar nuestros pecados:

"Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios."

Jesús ha hecho tanto por nosotros, derramando Su sangre. Oremos juntos: Padre, estamos agradecidos porque nuestro Señor Jesús estuvo dispuesto a pagar el precio supremo al derramar Su sangre para que pudiéramos tener el perdón de nuestros pecados. Ayúdanos, Padre, a vivir con respeto y temor por lo que has hecho por nosotros. Y ayúdanos a amarte y servirte siempre. En el nombre de Jesús. Amén.

El libro de Hebreos nos recuerda que la sangre es necesaria para expiar el pecado. Hebreos 9:22 dice: "Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión." La razón por la cual la sangre es necesaria es porque nuestra vida está en nuestra sangre. Levítico 17:11 dice: "Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona." Por esta razón, Jesús tuvo que dar Su vida por nosotros. Su vida sin pecado y justa se encuentra en Su preciosa sangre. Su sacrificio llevó a nuestra expiación.

Somos redimidos por la sangre de Cristo. Efesios 1:7 dice: "en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia." La redención es una palabra profunda. Implica la necesidad de un redentor, alguien que pueda salvarnos de nuestra cautividad o esclavitud, es decir, del pecado, del cual no podíamos salvarnos por nosotros mismos. El pecado esclaviza. Sin la sangre de Cristo, no hay posibilidad de redención. El pecado crea una deuda mayor de la que podemos pagar. Necesitamos que el Señor nos redima. En Mateo 20:25-28, el Señor Jesús llamó a Sus discípulos y les dijo: "Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen

sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

¿Cómo nos rescató o redimió Jesús? ¿Qué precio pagó por los pecados de todo el mundo? Bueno, 1 Pedro 1:18-19 nos recuerda: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.” La redención que tenemos en Cristo no fue pagada con oro ni plata. Eso no le habría costado nada al Señor. ¡El Señor habló una palabra y creó el mundo! Oro y plata no son nada en comparación con eso. El Señor podría decir una palabra y llenar un estadio de oro y plata, pero eso no le costaría nada.

En cambio, el Señor Jesús nos redimió con Su propia sangre. 1 Pedro 2:24 nos recuerda: “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” Jesús sacrificó Su cuerpo justo y sin mancha y Su sangre para redimirnos. Y por Sus heridas somos sanados del pecado. Jesús sufrió muchas heridas personales. Fue condenado injustamente, golpeado más de una vez y azotado incluso antes de ser crucificado. Lo escupieron y lo burlaron. Llevó una corona de espinas, azotes en Su espalda y pecho, clavos en Sus manos y pies, y una lanza en Su costado que trajo sangre y agua. Sí, Jesús pagó el precio supremo para redimir tu alma del pecado y salvarte.

La sangre de Jesús limpia al pecador perdido. Pablo recordó a los corintios sus pecados pasados y cómo la gracia de Dios los perdonó en 1 Corintios 6:9-11: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” Dios nos lava de nuestros pecados por la sangre de Cristo.

En Apocalipsis 1:5, Juan habló de “Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.” Dios limpia nuestros pecados cuando somos bautizados en Cristo. En Hechos 22:16, Ananías le dijo al principal de los pecadores, Saulo de Tarso: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.”

Algunos objetan este lavado de pecados en el bautismo, porque el bautismo tiene lugar en agua, y piensan que esto no es la sangre. Pero pasan por alto un punto importante. Romanos 6:3 nos ayuda a entender. La verdad siempre está en la palabra de Dios. Romanos 6:3 dice: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” Jesús derramó Su sangre cuando fue crucificado. Si el bautismo en agua nos pone en Cristo, entonces el bautismo en Su muerte nos pone en contacto con la sangre también. Los versículos 6-7 dicen sobre el bautismo: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.”

A los cristianos que pecan, el apóstol Juan dijo en 1 Juan 1:7: “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.”

Ahora, andar en la luz no significa que debemos vivir vidas perfectamente sin pecado, no. Si pudiéramos ser perfectamente sin pecado por nuestra cuenta, no necesitaríamos la sangre de Jesús. 1 Juan 1:8 lo deja claro: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.” Y el versículo 10 añade: “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”

Vivir una vida perfectamente libre de pecado está más allá de todos nosotros; Necesitamos la sangre de Jesús. Caminar en la luz significa centrar nuestro corazón y nuestra vida en seguir a Jesús. Pero todavía tropezamos en pecado, y cuando tropezamos en pecado, qué hacemos, nos arrepentimos de nuestros pecados y los confesamos. 1 Juan 1 versículo 9 dice que “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”. ¿Notaste las frases “todo pecado” en el versículo siete y “toda injusticia” en el versículo nueve? Cuando Dios nos limpia del pecado, nos limpia de todos ellos, incluso de los peores. Él no perdona a algunos y luego deja a otros sin perdón. La sangre de Cristo nos limpia o libera de todo pecado.

Ahora bien, la idea de que todos los pecados sean perdonados no es nueva. Dios habló a los judíos que habían pecado en Ezequiel 33:14 al 16: “Y cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; si él se convirtiere de su pecado, e hiciere según el derecho y la justicia, si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, y caminare en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá. No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido; hizo según el derecho y la justicia; vivirá ciertamente”. Ahora bien, Dios siempre ha querido que la gente se aparte del pecado y viva con Él eternamente. Él quería que le perteneciéramos, que le amáramos y le sirviéramos. Él quería que nos reconciliáramos con Él.

Y somos reconciliados por la sangre de Cristo. Cuando pecamos contra Dios, incluso la primera vez, rompimos nuestra relación de amor con Dios. Isaías 59:1 al 2 dice: “He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”. El pecado nos separa de todas las bendiciones y promesas de Dios.

Ahora a menudo perdemos de vista que nuestro Dios es un Dios santo, que no tiene pecado y no aprueba nuestros pecados. El pecado es ofensivo para Dios. El Salmo 5 y el versículo 4 dice: “Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti.”. Santiago 4 versículos 3 y 4 es aún más fuerte: les dice a los cristianos. Él les dice: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”.

El Señor Jesús dijo en Juan 14:23: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada con él”. Ahora Dios y Jesús hacen su hogar con aquellos que aman a Dios lo suficiente como para guardar Sus mandamientos. Ahora Dios no rodeará a la persona que es rebelde y desenfrenada, no. El pecado nos causa una necesidad desesperada de un Salvador que expía nuestros pecados. La palabra "expiar" proviene de dos palabras en inglés antiguo, la palabra "at" y "one". No somos uno con Dios mientras tengamos pecados sin resolver en nuestras vidas.

El propósito del perdón y la expiación es reconciliarnos con Dios. Dios no quiere estar enojado con nosotros. No quiere que nadie muera. Él quiere que todas las personas se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2 versículo 4). Y la reconciliación significa simplemente restaurar

nuestra relación rota con Dios. El apóstol Pablo explicó en 2 Corintios 5:19 al 21 “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Dios te quiso de vuelta como alguien a quien Él pudiera amar y salvar, por lo que envió a Jesús a sufrir por ti. 1 Pedro 3:18 dice: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu.” Aquel que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, para que pudiéramos ser hechos justicia de Dios en Él. Los injustos se vuelven justos, porque Jesús pagó un gran precio para reconciliarnos con Dios. Ahora, cuando eres hijo de Dios en Cristo, Dios escuchará tus oraciones.

Efesios 2:12-13 recordó a los gentiles de Éfeso, quienes estaban alejados de Dios, lo que solían ser, y tal vez tú también te sientas así a veces. Dice: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.” Puede que una vez hayamos estado separados de la esperanza y de Dios, pero ahora somos hijos de Dios gracias a la sangre de Cristo.

Dios puede ayudarnos a superar las consecuencias del pecado por medio de la sangre de Jesucristo. Cuando la sangre de Jesús se aplica a nuestras almas, asegura nuestro perdón, nos acerca a Cristo, nos hace hijos de Dios y abre la puerta a nuestra herencia celestial. Cuando tenemos vida en Cristo, es una vida nueva, una vida abundante y una vida eterna. La sangre de Cristo abre cada bendición y promesa de Dios. Es a través de la gracia de Dios encontrada en la sangre de Cristo que nos convertimos en hijos de Dios. Amigo, ¿estás lavado en la sangre?

Oremos juntos. Oh Padre celestial, sabemos que no podríamos ser salvos si no fuera por Tu gracia y misericordia, que actuaron a través de la sangre de Jesús y el perdón que viene de Él. Ayúdanos, Padre, a no dar nunca esto por sentado ni a abusar de Tu gracia, sino a apartar nuestros corazones del pecado y a servirte siempre. En el nombre de Jesús, amén.

La sangre de Cristo debe tener el mismo impacto en nuestros corazones y almas que tiene en el corazón de Dios. Debe significar todo para nosotros, porque derramar Su sangre en el Calvario significó todo para Jesús. Nuestros corazones nunca encontrarán paz y descanso sin reconocer la sangre de Cristo. No puedes ser perdonado ni tener vida eterna sin Su sangre. Como cristianos, debemos vivir como los redimidos, recordando el precio que se pagó por nosotros con la sangre de Jesús. Podemos conocer el amor de Dios y Su bendición eterna gracias a la sangre de Cristo.

No podemos separar la sangre expiatoria de la Persona Divina que la sacrificó. ¿Te importa que el Señor Jesús derramara Su sangre por tus pecados? ¿Ha hecho una diferencia en tu forma de pensar o comportarte? Cuando consideramos la terrible y dolorosa muerte que Jesús sufrió por nosotros, ¿cómo puede alguien permanecer indiferente? Su sangre derramada hace que el amor de Cristo por nosotros sea real y significativo. ¿Ha traspasado tu corazón como lo hizo con los que estaban en Pentecostés? ¿Te hace Su muerte pensar de manera diferente acerca de tus pecados? ¿Has llorado alguna vez por tu pecado?

Ahora bien, si te sientes culpable y te lamentas por tus pecados, la respuesta está en la sangre de Jesús. El perdón puede transformar una conciencia culpable en una conciencia limpia. Hechos 2:38 nos dice: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados.” 1 Pedro 3:21 dice: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como una aspiración de buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo.” El bautismo en Cristo y Su muerte, donde Su sangre fue derramada (Romanos 6:3), es cómo contactamos la sangre de Cristo y apelamos a Dios por una buena conciencia.